

LOS PROFESIONALES DE LA CONSTRUCCION EN LA BARCELONA DEL SIGLO XVIII

por MANUEL ARRANZ HERRERO

noviembre de 1979

En noviembre de 1979, ante un tribunal formado por profesores de las Facultades de Geografía e Historia y de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, defendí una tesis doctoral cuyo título era el mismo que encabeza estas líneas. Esa tesis, realizada bajo la dirección del Dr. Molas Ribalta, se había iniciado unos ocho años antes, y su punto de partida había sido una larga serie de preguntas estrechamente relacionadas entre sí y que podrían resumirse en una: ¿qué papel juega el sector de la construcción en la Barcelona de la época manufacturera, es decir, en la etapa de despliegue de las fuerzas económicas que precede a la Revolución Industrial? Sobre la base de unas catas verificadas en los fondos del Archivo de Protocolos y del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, creía (en 1971) que sería fácil despejar las dudas e incógnitas que tenía sobre temas tales como la conversión de la vivienda en mercancía —que había de comportar, entre otras cosas, la inversión en el sector inmobiliario de capitales procedentes del comercio, de la agricultura y de la manufactura, y la transferencia hacia esos sectores de una parte de los beneficios generados por la edificación y alquiler de viviendas y locales fabriles—, la previsible polarización social de los profesionales de la construcción —con la consiguiente promoción a las filas de la burguesía de un grupo no muy extenso y la proletarianización de la gran mayoría—, la aparición de nuevas tipologías residenciales y fabriles, etc.

Fueron menester dos años para que advirtiese la inviabilidad del programa inicial. Durante ese tiempo, el contacto casi diario con los manuales notariales —en el Archivo de Protocolos— y con la variopinta documentación segregada por los gremios de albañiles, canteros y carpinteros —en el Archivo de la Ciudad— me hizo ver, de forma cada vez más clara, que por el momento no podía abordar en profundidad algunos de los puntos que en un principio me habían parecido más atractivos. Como contrapartida, descubrí que no había tenido en cuenta otros muchos de notable interés y susceptibles de ser estudiados a partir de los papeles que manejaba cotidianamente. Por decirlo con otras palabras, precisé dos años para adecuar mi proyecto de investigación a las fuentes disponibles y para corregir algunos errores de enfoque, pues en el planteamiento inicial los «hombres de carne y hueso» apenas se hacían visibles, eclipsados o aplastados por las «estructuras».

Pasó un año más, y a finales de 1974 una segunda lectura de uno de los más valiosos textos económicos del XVIII catalán, el llamado «Discurso de 1780» del padre Jaume Caresmar, vino a ratificar las primeras conclusiones de mi investigación y, al mismo tiempo, me animó a emprender sin más demora un trabajo que, por su previsible monotonía y larga duración, hasta entonces había ido aplazando: el vaciado exhaustivo de la serie de contratos —«asientos»— de obras públicas y de fortificación concluidos entre la Intendencia del Ejército y Principado de Cataluña y un crecido número de particulares.

(Hay que recordar que, a la hora de señalar los factores impulsores del despliegue económico de Cataluña en el Setecientos, el P. Caresmar había destacado cuatro: los progresos de la agricultura —principalmente los de la viticultura—, el comercio con América, la manufactura algodonera —las fábricas de indianas— y las contrataciones de pertrechamiento del ejército y de obras públicas y de fortificación. Y que las investigaciones sobre la Cataluña del XVIII venían subrayando la extraordinaria importancia de los tres primeros factores enunciados por Caresmar y, con contadísimas excepciones, omitían toda referencia a las repercusiones económicas de la «militarización» del Principado en esa centuria, con lo que, tal vez sin proponérselo, por una parte estaban confirmando las grandes dotes de observador del sabio premonstratense, y, por otra, proporcionaban un argumento para acusarlo de proclividad a la monarquía borbónica, al atribuir a las actuaciones de ésta unos efectos positivos que no parecía posible comprobar.)

Como corolario de esta fase de la investigación, dediqué unas cuan-

tas semanas al estudio de la trayectoria personal de las decenas de ingenieros militares que con tanta frecuencia había visto aparecer en las contratas, unas veces como redactores de los proyectos y de los pliegos de condiciones a que se ajustaban aquéllas, y otras veces como supervisores de su ejecución. Indagué en los fondos de la antigua Comandancia de Ingenieros que hoy custodia el Archivo de la Corona de Aragón, y aunque el caudal de información obtenido no guardó relación con el esfuerzo realizado, recogí datos suficientes para probar que en los ámbitos científico y artístico de la Cataluña del XVIII los ingenieros militares ejercieron una influencia decisiva.

De todo lo hasta aquí dicho, cabe deducir que una parte de los defectos de esta tesis doctoral deriva de la desproporción entre el tiempo consagrado a la recogida de materiales y el tiempo dedicado a su elaboración. Pues, al igual que muchas otras tesis defendidas en los últimos años, la mía precisaba ser «repensada». Creo que, si las circunstancias me lo hubiesen permitido, habría demorado un año su presentación, para tratar con mayor amplitud y profundidad tres o cuatro temas que, como el de los conflictos laborales, han quedado desdibujados; para reordenar algún que otro capítulo y redactar de nuevo varios apartados; en fin, para atar cabos sueltos y hacer una larga serie de retoques, unos de carácter gramatical y otros de mayor enjundia.

Una vez descrita sumariamente la gestación de esta tesis, toca ahora resumirla de forma breve e inteligible.

El trabajo se articula en dos partes bien diferenciadas. La segunda —la más extensa, pues ocupa unas 1.400 páginas— está formada por casi un millar de biografías de arquitectos, ingenieros militares, contratistas, canteros, ladrilleros, aserradores, maestros de obras, albañiles, carpinteros, ebanistas, decoradores, agrimensores, peones, yeseros-estucadores y enjalbegadores. Estos biografías pretenden reflejar la realidad humana y profesional del sector de la construcción en la Barcelona del Setecientos, intentan configurar un amplio retrato colectivo, en el que, además de la personalidad de cada uno de los individuos retratados se puedan apreciar los rasgos comunes a buena parte de ellos. A pesar de los esfuerzos por dar una representación proporcionada a todos los oficios y a todas las categorías profesionales, no se ha logrado tal propósito: los peones, ladrilleros y aserradores del XVIII, casi siempre analfabetos y con frecuencia itinerantes, pasaron por la vida sin dejar apenas rastro documental, y, por tanto, al historiador se le hace muy difícil la reconstrucción de sus trayectorias vitales; de los oficiales y

maestros modestos las noticias son pocas, pero permiten vislumbrar sus actitudes, problemas y aspiraciones; y sobre los componentes del más elevado nivel profesional —los maestros con riqueza y poder, los arquitectos, los contratistas— la información, aunque de localización laboriosa, suele ser abundante. De ahí que una parte importante de las biografías se refieran a estos últimos, y que sólo de vez en cuando aparezcan miembros del preproletariado.

Cabe añadir que en más de una ocasión estas biografías se convierten en pequeñas monografías de quince, veinte o más páginas, en las que, además de describir los avatares de un personaje o de una familia más o menos descollante, se reflexiona sobre una gran variedad de cuestiones, que abarcan desde los beneficios que podía reportar el servicio a las instituciones de gobierno —en los apartados dedicados a los Planes, a los Garrido, a los Juli y a los Gras—, hasta la coexistencia en un mismo inmueble de instalaciones manufactureras, talleres artesanales, residencias para «clase media» y viviendas para clases populares —en el apartado consagrado a los Ribes—. Como puede suponer el lector, en esta segunda parte de la tesis se amplía substancialmente —con noticias inéditas o con precisiones sobre las ya publicadas —cuanto se sabía acerca de Joan Soler i Faneca, Damià Riba, Josep y Pau Mas, los Ribes, Alexandre de Rez, los Cermeño, los Esplugues, los Casanoves, los Garrido, los Ausich, los Renart, Pere Bertran y los tres o cuatro «tracistas» y constructores más de la Bacelona del Setecientos citados en los trabajos de los estudiosos de la arquitectura catalana; y, además, «se descubren» personajes de la talla de Andreu Bosch i Riba, autor de los planos de la iglesia parroquial de Les Preses —una de las mejores muestras del Neoclasicismo en Cataluña— y protagonista del episodio que marca el comienzo de la larga guerra entre «arquitectos académicos» y «arquitectos gremiales».

La primera parte de la tesis se organiza en una breve introducción, tres capítulos de desigual extensión y unas brevísimas conclusiones. En total, unas trescientas cincuenta páginas.

En la introducción traté de explicar —y de explicarme— por qué durante tanto tiempo la Cataluña de los siglos XVI-XVIII apenas había interesado a los historiadores, por qué la arquitectura catalana del Renacimiento, del Barroco y del Neoclasicismo había atraído a un tan corto número de estudiosos; y, como es lógico, avancé una respuesta, sin duda discutible, y que es fácil de sintetizar: la exaltación y utilización partidista de la historia medieval por la corriente conservadora del

catalanismo político de finales del XIX y del primer tercio del XX comportó una actitud de desdén y rechazo hacia el período comprendido entre finales del XV y comienzos del XIX, actitud que no comenzaría a ser superada hasta tiempos bastante próximos a nosotros.

El primer capítulo, titulado «Hacia una definición de la menestralía», se adentra en temas que, en principio, parecen reservados a los sociólogos y a los antropólogos culturales, pero que éstos no suelen abordar cuando se sitúan en un pasado algo lejano. En él se analiza el comportamiento del estrato más representativo del sector de la construcción, el constituido por los carpinteros, albañiles y canteros poseedores del título de maestro y de una empresa de pequeñas o medianas dimensiones. Debemos recordar que en la Barcelona del XVIII el sistema gremial se halla en plena vigencia, y que su «ideal» continúa conformando las actitudes y aspiraciones de todos cuantos, de una u otra manera, se encuadran en las corporaciones profesionales (maestros empresarios, maestros que trabajan como asalariados, oficiales y aprendices), a pesar de que, en un crecido número de casos, el «ideal gremial» la obtención de la maestría y la posesión de un taller propio— nunca llega a hacerse realidad.

En este primer capítulo se examinan las manifestaciones de religiosidad (la presencia de libros piadosos y de pinturas y grabados de tema sacro en viviendas y obradores, los ritos fuenerarios, los legados, las misas por los difuntos, la participación en las procesiones de Semana Santa y Corpus, etc.); las relaciones entre la menestralía y el clero; los sentimientos patrióticos; la función del matrimonio y de la dote, las estructuras familiares y los cambios que éstas registran en el XVIII a consecuencia de las transformaciones económicas, culturales, etc.; la función del oficio y del gremio como nexo entre el individuo y el conjunto de la sociedad; las aspiraciones de los menestrales y las vías de promoción que se les abren ;etc. De ese examen he deducido que la menestralía es un estamento muy receptivo, tanto desde el punto de vista «biológico» —está abierto a la población rural y al preproletariado urbano—, como desde el punto de vista ideológico; y también he comprobado que, a la hora de trazar el perfil de la menestralía, la religión juega un papel relativamente pequeño, mientras que, por el contrario, es definitorio el papel de la profesión y de la familia, una y otra estrechamente enlazadas: el rasgo que mejor caracteriza a la menestralía es la imbricación entre la actividad profesional y la vida familiar, entre el hogar y el taller o el pequeño negocio, pues el menestral ve en la familia,

ante todo, una unidad de producción económica. He de añadir que, en mi opinión, los resultados del estudio de los menestrales del sector de la construcción se pueden hacer extensivos al conjunto de la menestralía barcelonesa del siglo XVIII.

El título del segundo capítulo —«La formación cultural de los profesionales de la construcción»— responde bastante bien a su contenido. En él, tras hacer una breve reflexión sobre la importancia que para los artesanos del siglo XVIII podía tener el saber leer y escribir, se estudia el grado de alfabetización de los albañiles, canteros y carpinteros barceloneses de esa centuria. Luego, utilizando los inventarios post-mortem, se aborda la presencia —o, más frecuentemente, la ausencia— de libros entre los efectos de los profesionales de la construcción, se identifican y catalogan los libros reseñados en aquéllos y se dan algunas noticias sobre el esfuerzo económico que entrañaba su compra. A continuación se analiza el papel jugado por la «política de obras» emprendida por los primeros Borbones en Cataluña como generadora de una demanda de conocimientos profesionales en un significativo número de maestros albañiles y carpinteros, y el importante papel desempeñado por los ingenieros militares y por la Real Academia Militar de Matemáticas de Barcelona al satisfacer buena parte de esa demanda. En el penúltimo apartado del capítulo se plantean dos temas simétricos: en primer lugar, el de los viajes de algunos alarifes barceloneses por tierras más o menos lejanas —Madrid, Andalucía, Italia, el Sur de Francia— como ocasión para adquirir libros y grabados, contemplar obras recomendadas por los entendidos como fuentes de inspiración, y para entrar en contacto con colegas que utilizan otros repertorios formales y otras soluciones técnicas; y, en segundo lugar, la presencia en Barcelona de arquitectos, carpinteros, albañiles y estucadores franceses, alemanes e italianos. Y, para rematar este capítulo, se dedican unas pocas páginas a los criterios que regían la actuación de los constructores de la Barcelona del Setecientos, a la forma de aplicar los conocimientos adquiridos por los medios arriba señalados y por otros medios (los años de aprendizaje establecidos en las ordenanzas gremiales, los contactos con pintores, plateros, escultores, escenógrafos, etc.).

De la lectura de este segundo capítulo creo que se desprenden tres conclusiones principales:

- 1.^a Que en el siglo XVIII una parte pequeña pero significativa del sector barcelonés de la construcción realiza un importante esfuerzo por elevar su nivel de conocimientos técnicos —sobre todo en el

terreno de las matemáticas puras y aplicadas, de la ingeniería civil, militar e hidráulica y de la estereotomía— y por ampliar y actualizar su lenguaje arquitectónico y su repertorio decorativo —sucesiva adopción del Rococó, del Barroco académico y del Neoclasicismo.

- 2.^a Qua a la consecución de ese perfeccionamiento profesional contribuyen de forma decisiva los libros que llegan de Italia y Francia y, en menor medida, los publicados en Madrid, Valencia y Barcelona; y que no menos decisiva es la contribución de los ingenieros militares de guarnición en Cataluña y de la Real Academia Militar de Matemáticas de Barcelona.
- 3.^a Que para adquirir un amplio y sólido conocimiento del arte de construir es menester una notable inversión de tiempo y de dinero. El saber no está al alcance de todo el mundo, el saber es costoso; pero, como contrapartida, confiere poder y prestigio, principalmente cuando ese saber es aplicable a la solución de problemas concretos y que afectan a sectores sociales solventes. De ahí que quienes dominan el arte de edificar se constituyan, en la élite del extenso y heterogéneo mundillo de la construcción, en el marco del sistema gremial, y que luego, en una etapa posterior, se distancien de éste y se incorporen a la nueva burguesía en calidad de profesionales liberales: es así como surge la figura del arquitecto tal como hoy la concebimos.

El tercer capítulo de esta tesis, titulado «Notas sobre la organización del trabajo», es, en cierto modo, un cajón de sastre, donde el lector hallará noticias de indudable interés al lado de otras que tal vez considere irrelevantes; todas ellas tienen dos rasgos comunes: proceden de documentación de primera mano y apenas utilizada por los investigadores, y permiten esbozar una imagen de los gremios de la construcción —y de los gremios en general— bastante distinta de la que se ha solido difundir.

Comienza el capítulo con una laboriosa cuantificación de los efectivos humanos del sector barcelonés de la construcción, por profesiones y categorías profesionales, durante el período que va de 1673-1675 a 1823-1833, cuantificación que muestra el distinto comportamiento que ante el incremento de la demanda adoptan los maestros carpinteros —multiplicación de los obradores y perpetuación de las estructuras empresariales del pasado— y los maestros albañiles —mantenimiento del número de empresas y substancial incremento de las dimensiones de

éstas, lo que facilita la introducción de métodos de organización del trabajo plenamente capitalista. Sigue el capítulo con el estudio del calendario y de la jornada laboral, donde se muestra cómo en el curso del XVIII se sucedieron, con relativo éxito, las tentativas de regularizar uno y otra, con lo que se pusieron las bases de una nueva disciplina laboral. A continuación se aborda el tema de las herramientas, poniendo el acento en dos cuestiones: el coste que podía tener el equipamiento de un taller —elevado, pero bastante menor que el del título de maestro—, y la escasez de innovaciones en el instrumental, hecho que contrasta con la ruptura en la tipología de los inmuebles. En el siguiente apartado se recogen datos sobre el ámbito de actuación de los constructores barceloneses —toda Cataluña, los presidios españoles del Norte de Africa y de Toscana, algunos puntos de Andalucía, etc.— Y, finalmente, se analizan las funciones y los mecanismos de concesión de las cartas de maestría.

Esta tesis se completa con la relación de la bibliografía y de las fuentes documentales utilizadas, con la transcripción de cinco documentos y con unas páginas de «Conclusiones» que, como colofón de este resumen y con algún levísimo retoque, copiaré a continuación:

El siglo XVIII es una época de transformaciones en las estructuras económicas, sociales y políticas de Cataluña y, en grado semejante o tal vez algo menor, es también una etapa de cambios en las mentalidades y en las conductas de los individuos. Acerca de las estructuras, es mucho —aunque no suficiente— lo que ya sabemos; sobre los hombres en que se encarnaron, lo que sabemos es bastante menos. Esta tesis ha pretendido mostrar cómo la manera de ver las cosas y de actuar de los profesionales de la construcción se vio influida por el cambiante entorno que les tocó vivir; y cómo, a su vez, esos hombres influyeron sobre su entorno y contribuyeron a su transformación.

La sociedad barcelonesa vive en el Siglo de las Luces un lento y vacilante proceso de secularización, de liberación —parcial— de la tutela de la Iglesia; la menestralía no se descristianiza, pero contempla la religión con espíritu más crítico que en el pasado, y rechaza o deja de sentirse identificada con determinadas manifestaciones de religiosidad acuñadas en épocas pretéritas, e incluso, en algunos momentos, da muestras de indiferencia, que tal vez deban interpretarse como preludio de la descristianización y del anticlericalismo que se harán patentes después de 1830.

También se perciben cambios en las ideas acerca de la familia. En-

tre la menestralía —y también entre la burguesía— el concepto de familia se hace más rígido, restrictivo y legalista: se acentúa la condición de marginados de los expósitos e hijos naturales; y la integración de los aprendices en las familias de los maestros que los contratan se hace cada vez más débil y precaria.

En amplios sectores de la población catalana del Setecientos se percibe un vivo sentimiento anti-militarista, fruto de la presencia de un poderoso ejército formado mayoritariamente por gentes forasteras y cuya misión no es tanto repeler una hipotética invasión extranjera como sujetar al país. Esa hostilidad hacia las fuerzas armadas constituye una de las pocas formas de expresar el patriotismo en un momento en que Cataluña, ante las dificultades para dotarse de unos objetivos políticos capaces de vertebrarla, adopta una actitud defensiva.

El XVIII es una etapa de polarización y diferenciación social y económica de la menestralía barcelonesa. El mito de la igualdad de todos los hombres dedicados a un mismo oficio definitivamente hace quiebra, las distancias entre maestros ricos y maestros modestos aumentan, y mientras para los primeros —minoritarios— se abren vías de acceso a la burguesía, sobre los segundos —mayoritarios— se cierne una lejana amenaza de proletarización —lejana, porque la peculiar forma que la Revolución Industrial reviste en Cataluña permite que su menestralía se mantenga vigorosa más allá de lo que en principio cabía esperar.

Contemplado en su conjunto, se advierte un enriquecimiento del sector de la construcción, gracias a la demanda estatal o institucional (asientos de obras públicas y de fortificaciones), a la demanda no estatal o privada (la expansión urbana de Barcelona y la expansión agraria de las comarcas próximas) y a la participación en negocios sólo tangencialmente relacionados con la actividad constructora (inversión inmobiliaria, pertrechamiento del ejército, monopolios urbanos, arriendo de tributos). Observado más de cerca, vemos que el enriquecimiento del sector no alcanza a todos sus componentes o, al menos, no beneficia a todos en la misma medida.

La situación de los asalariados no registra progresos substanciales; diríase que quienes logran mantener o mejorar temporal y levemente la capacidad adquisitiva de su salario —los oficiales albañiles y canteiros— pagan un precio muy alto: la renuncia a convertirse en trabajadores por cuenta propia; y que quienes consiguen mantener abierto un resquicio para su promoción profesional —los oficiales carpinteros—,

lo hacen a costa de la «degradación relativa» del máximo grado de la jerarquía gremial.

En cuanto a los empresarios —los maestros—, también hay que hacer distinciones: para una minoría, constituida por medio centenar escaso de familias de maestros albañiles, canteros y carpinteros y comerciantes de maderas y otros materiales de construcción, el XVIII significa el ascenso desde las filas de la menestralía hasta las de la burguesía, ascenso que generalmente va acompañado del abandono de la actividad constructora para dedicarse al comercio, a la manufactura textil, a las profesiones liberales tradicionales —abogacía, notaría, medicina— o a la vida de rentista; para una mayoría de familias, el siglo suele comportar una mejora en el status económico, sensible pero insuficiente para ser palanca de promoción social; y, finalmente, para algunas familias —casi siempre dedicadas a la carpintería, el Setecientos entraña un estancamiento o un retroceso que las pone al borde de la proletarización.

En 1716 ningún miembro del sector de la construcción goza de un patrimonio evaluable en más de 7.500 libras, y no son más de tres o cuatro los poseedores de bienes cuyo valor se sitúe entre las 3.000 y las 7.500 libras; y, por otra parte, la casi totalidad de los maestros y un pequeño pero no despreciable porcentaje de los oficiales gozan del dominio útil de la casa que ocupan. A finales del siglo XVIII la situación ha cambiado por completo: son al menos seis o siete los hombres vinculados a la actividad constructora cuya fortuna rebasa las 50.000 libras, y suman más de veinte los propietarios de patrimonios cuya cuantía oscila entre las 20.000 y las 50.000 libras. Sobre el segundo aspecto, sobre la posesión o no de la vivienda, cabe afirmar que son poquísimos los oficiales albañiles, canteros y carpinteros que en 1790 o 1800 ostentan el dominio útil de la casa que habitan, y que constituyen un grupo numeroso los maestros carpinteros que ocupan talleres y viviendas en alquiler, a diferencia de lo que ocurre con los maestros canteros y albañiles, casi siempre poseedores del dominio útil o de la plena propiedad del inmueble en que tienen su residencia.

(La conversión de la vivienda en mercancía —a impulsos de las transformaciones económicas y del crecimiento demográfico— comporta tanto el despojo de una parte de los antiguos poseedores de inmuebles como unas mayores dificultades para acceder a su posesión: mientras en 1716 aproximadamente la mitad de todos los profesionales de la construcción afincados en Barcelona gozan del dominio útil de la casa

donde viven, ochenta años después son poco más o menos una cuarta parte.)

La construcción genera riqueza, que se concentra en pocas manos y que se suele invertir de forma productiva (la inversión suntuaria o consuntiva absorbe una parte muy reducida de los beneficios). El sector de la construcción drena capitales hacia otros sectores: hacia el comercio —sobre todo el comercio colonial—, hacia la manufactura textil (las fábricas de indianas), hacia la agricultura y hacia la propiedad inmobiliaria urbana. Tanto a nivel individual como colectivo, y con el fin de reducir riesgos, la inversión se diversifica, buscándose un equilibrio entre los negocios altamente remuneradores pero sujetos a las oscilaciones de la coyuntura (manufactura algodonera, comercio marítimo) y las inversiones más seguras, de rentabilidad menor pero más estable (fincas rústicas, viviendas de alquiler, etc.).

Su política de restricción de la competencia —en ocasiones favorecida por las propias autoridades— y sus dimensiones —que permiten una mayor división del trabajo y, por tanto, la substitución de parte de la mano de obra cualificada por peonaje— deparan cuantiosos beneficios a las empresas adjudicatarias de los asientos de obras públicas y de fortificaciones; pero también son crecidos los que obtienen las empresas a las que los particulares y las comunidades religiosas confían obras de cierta envergadura. Unas y otras adoptan métodos organizativos que podemos calificar de capitalistas y que comportan la aparición de nuevas categorías profesionales. Junto a esas empresas, en las que las relaciones entre empleador y empleado giran exclusivamente en torno al salario, se mantienen pujantes muchas empresas de pequeñas dimensiones y carácter tradicional, en las que las distancias entre patrón —maestro— y operarios —aprendices y oficiales— suelen ser menores y, por consiguiente, entre aquél y éstos con relativa frecuencia se establecen vínculos de parentesco y de otro tipo.

En Cataluña, la figura del arquitecto como profesional liberal surge en los últimos decenios del XVIII y en los primeros del XIX, no tanto por la acción de la lejana Academia de San Fernando como por la propia dinámica del sector de la construcción, que exige la presencia de hombres especialmente preparados para proyectar y trazar con rigor científico y corrección estética todo tipo de edificios utilitarios y monumentales. La aparición de los arquitectos es fruto de un proceso de perfeccionamiento profesional protagonizado por una parte de los maestros de obras o maestros albañiles, proceso que tiene un doble impulso: por

una parte, la demanda generada por el fuerte crecimiento demográfico del país y por el enriquecimiento de algunos de sus sectores (construcción o remodelación de templos, residencias señoriales, casas de vecindad, fuentes, obras de riego, casas consistoriales, hospitales, fábricas textiles, etc.; trazado y formación de ensanches y nuevas poblaciones); y, por otro lado, la política del gobierno central, al modernizar las viejas fortalezas y alzar otras de nueva planta, y, más tarde, al emprender un ambicioso programa de obras públicas, pues tal política entraña la presencia de un reducido pero activo e influyente grupo de ingenieros militares que, además de poseer una formación técnica superior, son conocedores de la arquitectura de vanguardia; ellos contribuyen poderosamente a divulgar por tierras catalanas los progresos de la ingeniería civil y de la estereotomía y las formas arquitectónicas imperantes más allá de las fronteras del Principado, sobre todo las que están en boga en Francia y en Madrid.

En los aspectos formales, la arquitectura catalana del Setecientos se ve sometida a una triple influencia: la italiana, que pierde terreno, pero no por ello deja de ser fundamental; la francesa, insignificante antes de 1715 y creciente a partir de esta fecha, casi siempre en detrimento de la italiana; y la castellana, la de la Corte, que se hace sentir de forma intermitente. A ese triple influjo —evidenciado por la contemplación de las obras y corroborado por el análisis de las bibliotecas de sus proyectistas— se une una fuerte dependencia respecto de la técnica francesa y el mantenimiento y actualización de buena parte de las tradiciones constructivas del país; el resultado de esa síntesis suele ser excelente, y para demostrarlo ahí están, sin salir de Barcelona, la iglesia de Sant Agustí Nou, el palacio de la Virreina y la parte neoclásica de la Llotja.